

## NECROLOGIA

El 2 de agosto anterior falleció en esta ciudad el joven estudiante don MIGUEL A. VILLEGAS, nacido de una cristiana y honorable familia de El Peñol, en el departamento de Antioquia.

Después de estudiar los cursos del bachillerato en el Seminario de Medellín, vino Villegas a Bogotá, a principios de este año, y se matriculó como alumno externo en la clase de metafísica y, en las primeras del doctorado en filosofía y letras. Se distinguió por su inteligencia y buen porte, puntualidad y aplicación al estudio. Murió confortado con los santos sacramentos. Descanse en paz.

## LOS DIALECTOS DE LA GRECIA

*Dedicado a Joseph Louis Perrier.*

Entre todas las lenguas humanas ninguna tan bella, tan armoniosa y tan perfecta como la lengua griega. Si un idioma es, como dice Ozanam, el fruto de la tierra que lo vio nacer y del cielo que alumbró su nacimiento, a penas hay cielo y tierra comparables a los de la Hélade, el país de los olivos y viñedos, de las abejas y las flores, adormecido por el eterno arrullo del mar. Nada más ajeno que esta lengua de la áspera rudeza de las lenguas del Norte, verdadero tormento de los órganos vocales no menos que de las células y nervios del oído. Al través de esas inverosímiles aglomeraciones de consonantes, críspase uno al percibir el silbido de la racha destemplada, el crujir de los hielos o el graznido cortante de la aves del septentrión. Esas lenguas chillan, zumban, crepitan, restallan, chirrían despiadadamente.

El hábla griega es más humana, iba a decir, más divina. Provista de una conveniente dotación de vocales: largas, breves y comunes, llenas y débiles, y hasta de semivocales; rica en diptongos y aun en triptongos, cuenta con un arsenal completo de consonantes, ya mudas: labiales, guturales y dentales, con su gradación de dulces, fuertes y aspiradas; ya líquidas, nasales y silbantes, ya, en fin, letras dobles o compuestas, para no hablar de las aspiraciones o espíritus, de las elisiones y contracciones, recursos todos que hacen del griego el campo más propicio para el juego de todas las leyes de la fonética racional. Marco Tulio lo ha dicho: si los dioses quisieran hablar la lengua de los hombres hablarían la de Platón.

Pero cada lengua ofrece sus diferencias dialectales, y el griego no hace excepción a esta regla. Tales diferencias suelen provenir, o de la variedad de regiones arcifinias en que las naciones se dividen o, más bien, de los diversos núcleos de población que les han dado origen. Aristóteles, tan solícito en indagar los antecedentes de su patria, enumera hasta 200 pequeñas nacionalidades helénicas y aun escribió comentarios sobre 158 constituciones de esos antiguos estados. (1) Eran los griegos refractarios a los grandes bloques o concentraciones políticas al estilo de las monarquías asiáticas, con las que estuvieron siempre en lucha, o al de las modernas potencias imperialistas, amenaza de propios y extraños. Puede decirse que Grecia era, como Hispanoamérica, un vasto archipiélago de repúblicas.

Con todo, tamaña variedad puede reducirse a tres grandes familias o tribus principales: los *Eolios*, los *Dorios*, y los *Jonios*. De allí resultarían tres dialectos matri-

(1) Esta misma *Revista* publicó en 1908, creemos que por vez primera en castellano, el *tratado* de Aristóteles *sobre la constitución de Atenas*, descubierto cuatro lustros antes entre unas ruinas de Egipto.

ces, pero como los Jonios, bifurcándose, produjeron dos civilizaciones en épocas diferentes y en comarcas separadas: la Jonia y el Atica, los antiguos dialectos griegos se cuentan en número de cuatro, a saber: el *eólico*, el *dórico*, el *jónico* y el *ático*. Esta es la clasificación creada por los filólogos y gramáticos para reducir artificialmente a la unidad la cuasi infinita variedad de idiomas locales, verdaderos *patois* de origen popular, de que a penas quedan aisladas inscripciones.

El *dialecto eólico* resumé los de las poblaciones eólias establecidas en el Asia Menor (Eólida), en Tesalia, en Beocia y en algunas islas del mar Egeo, como Chipre, Lesbos y Mitilene. Gusta de sonidos llenos y varoniles, esquivando las contracciones pronunciando  $\alpha\omega\nu$  por  $\tilde{\omega}\nu$ ,  $\alpha\omicron$  por  $\omicron\upsilon$ , prefiere las letras fuertes a las aspiradas y es el que conserva más formas primitivas guardando analogías, por un lado con el sánscrito por la grande extensión que deja a la conjugación en  $\mu$ , y, por otro, con el latín, entre otros medios, por la letra *F* (*digama* o *vau*), reemplazada por una aspiración (espíritu rudo y aun suave) en otros dialectos, así, por ejemplo, donde estos dicen  $\tilde{\epsilon}\sigma\tilde{\pi}\tilde{\epsilon}\tilde{\rho}\alpha$ ,  $\omicron\tilde{\iota}\tilde{\varsigma}$ ,  $\tilde{\iota}\tilde{\delta}\tilde{\alpha}\tilde{\iota}\tilde{\nu}$ , el eolio dice  $\tilde{\epsilon}\sigma\tilde{\pi}\tilde{\epsilon}\tilde{\rho}\alpha$ ,  $\tilde{\phi}\tilde{\iota}\tilde{\varsigma}$ ,  $\tilde{\phi}\tilde{\iota}\tilde{\delta}\tilde{\epsilon}\tilde{\iota}\tilde{\nu}$ , (en latín *vespera*, *ovis*, *videre*).—Considéranse como dechados de este dialecto Alceo, Safo y Corina, líricos de Lesbos, por lo cual el dialecto ha sido también apellidado *lésbico*, y quedó consagrado para la poesía lírica.

El *dialecto dórico* es el cauce a donde afluyen las háblas de los dorios, quienes desde buena hora invadieron y dominaron el Peloponeso y fundaron colonias en Creta, en Rodas, en el Asia Menor, en Sicilia y en la Italia meridional, denominada la Magna Grecia, en Africa y quizá también en el apartado Jardín de las Hespérides. Bastante parecido al eólico, retiene como él no pocos rasgos arcaicos; es grave y severo con tintés de rusticidad; el  $\alpha$  (alfa) es su vocal favorita que sustituye

ye frecuentemente a las otras, así, por ejemplo, en vez de  $\phi\eta\mu\eta$  dice  $\phi\alpha\mu\alpha$  (latín y castellano *fama*); trueca a menudo la  $\sigma$  (*sigma*) en  $\tau$  (*tau*), verbigracia  $\tau\acute{\upsilon}$  por  $\sigma\acute{\upsilon}$  (el pronombre personal *tú*), y las dentales en  $\delta$  (*delta*), así pone  $\Lambda\epsilon\acute{\upsilon}\varsigma$  por  $\text{Ze}\acute{\upsilon}\varsigma$ .—Ennoblecieron este dialecto el gran Píndaro, la flor y nata de sus representantes, y Simónides de Ceos, poetas líricos, y los bucólicos Bion de Esmirna y Teócrito y Moscho de Siracusa. Al par que el eólico quedó consagrado para la poesía lírica y además para la *poesía coral* de las tragedias y comedias, la que, a los acordes de la orquesta, celebraba ante la multitud los grandes sentimientos colectivos: los triunfos, las gloriosas leyendas.

El *dialecto jónico* representa el lenguaje de las tribus jonias que civilizaron gran número de islas del Archipiélago, como Quíos y Samos, y tachonaron el Asia Menor con aquella constelación de ciudades que se llamaron Esmirna, Efeso, Colofón y Mileto (la Jonia). A él pertenecen los documentos en prosa más antiguos que se conocen, como son unos fragmentos de una *Teogonía* de Ferécides de Scyro (560 a. C.), incluido por algunos entre los *siete sabios de la Grecia*; otros, de los filósofos jónicos Anaximandro y Anaximenes de Mileto que escribieron sendos tratados  $\text{Πε}\tilde{\rho}\tilde{\iota}\ \tilde{\phi}\tilde{\upsilon}\tilde{\sigma}\tilde{\epsilon}\tilde{\omega}\tilde{\varsigma}$ , *sobre la naturaleza*; ciertos relatos de los *logógrafos*, narradores de viajes y tradiciones que abren a Heródoto el camino de la historia, y los fragmentos de un tratado *cosmofísico* de Anaxágoras, con quien la filosofía se traslada de la Jonia a la capital del Ática donde ese filósofo llega a ser el maestro y consejero de Pericles bajo cuyo gobierno adquiere Atenas su mayor esplendor.

El jónico, al contrario del eolio y del dorio, es muy fluido y blando, busca los sonidos delicados, propende al concurso de vocales, no las contrae, así dice  $\nu\omicron\omicron\varsigma$  en vez de  $\nu\omicron\upsilon\varsigma$ , prodiga la vocal  $\eta$  (*heta*), desecha o

dulcifica los sonidos aspirados, ama las cadencias agudas, suprime los aumentos de los verbos.

Mas distinguen los gramáticos dos dialectos jónicos: el *antiguo* y el *nuevo*. El antiguo, que conserva en medio de su blandura rastros de rudeza primitiva, es el que inmortalizaron Homero y Hesíodo, y se ha llamado también *homérico*, y se constituyó en molde insustituible de la *poesía épica*. El jónico nuevo, más muelle que el antiguo, es la lengua de los poetas Teognis y Anacreonte, del historiador Heródoto y de Hipócrates, padre de la Medicina.

El *dialecto ático*, renuevo del jonio, tomó el nombre de la comarca en que se hablaba y cuya capital era Atenas. Reúne la dignidad a la gracia, temple la suavidad jónica con la gravedad dórica, es diáfano como el puro cielo del Ática, y lleva la primacía entre todos los dialectos griegos. Se caracteriza por la tendencia a elidir y contraer todo lo que es susceptible de elidirse y contraerse, por ciertas formas de declinación para los nombres y de conjugación para los verbos, por su reduplicación especial; muda la  $\sigma$  (*sigma*) en  $\xi$  (*xi*) y la  $\sigma\sigma$  (doble *sigma*) en  $\tau\tau$  (doble *tau*), así dice  $\gamma\lambda\acute{\omega}\tau\tau\alpha$  por  $\gamma\lambda\acute{\omega}\sigma\sigma\alpha$ . Este dialecto cuenta con una pléyade de escritores, los cuales ofrecen gran variedad de matices. *Aticos antiguos* son llamados Tucídides, el historiador, los trágicos Esquilo, Sófocles y Eurípides y el cómico Aristófanes, porque conservan no pocas formas jónicas. Un movimiento de transición se advierte en *el divino* fundador de la Academia. Y conceptúanse *áticos modernos* el historiador Jenofonte y los oradores Demóstenes, Esquines, Lisias e Isócrates, que difieren bastante de los primeros. El dialecto ático es ante todo el dialecto de *la prosa*.

A las cuatro ramas de esta clasificación típica hay que añadir una variante más, y es la que se llamó *dialecto* o *lengua común* ( $\eta$  κοινή διάλεκτος). Ya desde el

tiempo de Alejandro Magno se habían ido esfumando las peculiaridades características de los tres primeros dialectos, acabando por ser generalmente adoptado *uno solo*, el de la culta Atenas, que desde el siglo de Pericles se ciñe sin disputa la diadema intelectual. Es principalmente entonces cuando los dialectos dejan de estar vinculados a regiones o a estirpes determinadas para convertirse en los arquetipos de los distintos géneros literarios. El antiguo jonio con Homero a la cabeza será la cantera de donde sacará sus materiales la epopeya: de ahí extraerán sus exámetros Apolonio de Rodas y Calímaco; el eolio y el dórico inspirarán la lírica y la poesía córica, y el elegante ático prestará sus alas a dramaturgos, oradores y prosistas.

Pero el dialecto ático, una vez vulgarizado, sufrió modificaciones y perdió algo de su nítida transparencia al convertirse en la *lengua o dialecto común*. Esta lengua, cuya gramática es la que principalmente se estudia en las universidades y colegios, fue designada por los sucesores del gran conquistador macedonio como lengua oficial en su corte de Alejandría; hizose exclusiva de las personas cultas, fue la de los retóricos y gramáticos y es a ella a la que se refiere Cicerón cuando en su oración *pro Archia* dice: *graeca leguntur in omnibus fere gentibus; latina suis finibus, exiguis sane, continentur*; «las obras griegas se leen en casi todas las naciones; las latinas se hallan encerradas en sus propios límites, a la verdad bien estrechos.»

Aureo eslabón que engarza el dialecto ático con la lengua común es la colosal figura de Aristóteles. Todos los escritores posteriores emplean la lengua común y llevan el dictado genérico de *helenistas*, como Polibio, Estrabón y Plutarco. No pocos de entre ellos se empeñaron en revivir la pureza ática por lo cual se les dio el nombre de *aticistas*. Tales son: Dion, el satírico Lu-

ciano, los retóricos Longino y Libanio y los Padres de la Iglesia griega: San Basilio, el grande, el Crisóstomo y los dos Gregorios, Nacianceno y Niceno, cuyas elocuentes homilias aparecen salpicadas de orientalismos bíblicos, portadores de una savia renovadora que los griegos, sorprendidos, nombraron con un vocablo hondamente significativo: *la buena noticia*, το Εὐαγγέλιον. Este contacto sublime merecería un libro entero.

No obstante las grandes transformaciones que se operaban a su alrededor, la lengua común se mantuvo sin mayores alteraciones hasta el siglo V de nuestra era. Pero «desde entonces, dice el helenista español Ortega, a pesar de continuar siendo la común y vulgar de la mayor parte de los pueblos y provincias que compusieron sucesivamente, primero el imperio de Oriente y después el griego, fue perdiendo de en día en día su pureza, flexibilidad y armonía, sin que ni los esfuerzos de los gramáticos, ni el ejemplo dado por varios escritores, ni el celo de algunos emperadores y la gran protección que dispensaron a los imitadores del lenguaje y estilo áticos, fuesen parte a impedir que aquélla continuara desfigurándose hasta el punto de venir a parar gradualmente en el degenerado dialecto llamado *griego moderno*, mezcla corrompida del antiguo (clásico) con el turco y el italiano.»

El más rudo golpe que, junto con la nacionalidad, sufrió la lengua griega fue la funesta invasión de los musulmanes y la caída de Constantinopla en 1453 bajo el poder de la Media Luna. Acontecimiento tan terrible diseminó por Occidente a los escritores bizantinos, quienes por sus fecundas lecciones aceleraron el movimiento, que ya se preparaba, de retorno a los modelos de la antigua cultura helénica en la literatura y el arte. Aquí nos hallamos, pues, delante de *el Renacimiento*.

El estudio del griego se difundió por Europa, pero los *humanistas* tacharon de contaminada la pronuncia-

ción de los neo-grecos, afeada por ciertos vicios, especialmente por el *iotacismo*, contraído en Beocia, región que no se distinguía ciertamente por una locución correcta (1).

Se adoptó en consecuencia una pronunciación convencional, que se juzgó aproximada, obra de Erasmo de Rotterdam, y ésta, ligeramente modificada en cada país, es la tradicional en las aulas clásicas.

Después de la emancipación de Grecia en el pasado siglo, muchos de sus escritores, que, dicho sea de paso, han producido una literatura asaz interesante y digna de estudio, se hacen casi un deber de patriotismo el combatir la pronunciación *erásmica* y defender la propia. El profesor Rhodakanaty se expresa así: «El griego clásico pronunciado como lo enseñan en los colegios y universidades de Europa y más o menos modificado en cada nación, ... es tan ininteligible hoy para los griegos modernos como lo sería igualmente para los antiguos, puesto que éstos tenían la misma pronunciación, que se ha conservado por una tradición secular no interrumpida, cuyo carácter de inmovilidad en ciertas cosas es tan peculiar a nuestra raza; y si Platón y Demóstenes resucitasen y oyesen hablar su idioma germanizado, anglicanizado, afrancesado, o españolizado por los helenistas europeos, jurarían por todos los dioses del Olympo, que estaban escuchando a los antiguos Escitas de su época, que tan torpe y bárbaramente desgarraban en jirones el bello y armonioso idioma de los helenos.»

Lo peor es que los griegos modernos tampoco andan más acertados. Aparte de su insufrible *iotacismo*, que echaría a perder versos como el siguiente, citado por Salomón Reinach:

(1) Este vicio consiste en pronunciar como *i* (*iota*) las siguientes vocales y diptongos: η, ι, υ, ει, οι, υι.

Πείθοι ἄν, εἰ πείθοι, ἀπειθοίης δ' ἴσως...

Σὺ δ' εἶπε μοι μὴ μῆκος,

que pronunciado a la moderna sonaría:

*Pizi an, i pizi, apizits d' isos... Si d' ipi mi mi micos,*

el contacto de los griegos antiguos con los seres de la naturaleza nos ha proporcionado contra los neos dos testigos irrecusables: la oveja y el perro. El viejo poeta Cratino imita en un verso el balido de las ovejas por la sílaba repetida Βῆ, Βῆ, (*be, be*) y Aristófanes representa el ladrido del perro por la combinación αῦ, αῦ (*au, au*). Si estas combinaciones se pronunciaran como lo hacen los griegos modernos, las ovejas del tiempo de Cratino deberían balar *vi, vi*, y los perros del gran cómico ateniense ladrarían *af, af* (1).

Lengua milagrosa aquella que, después de venir nutriendo por más de treinta siglos el espíritu de la humanidad, continúa siendo hoy más indispensable que nunca, como que, sin ella, la ciencia humana carecería de idioma propio y los más recientes descubrimientos quedarían huérfanos y sin nombre, porque las lenguas actuales no tienen el vigor necesario para legárselo.

Oh ¿quién pudiera darnos a escuchar el puro acento de las eolias arpas de Alceo y de Safo, los coros dóricos de las tragedias de Esquilo y de Sófocles, la jónica blandura de los himnos y rapsodias homéricas o la limpia vibración de cristal de las arengas áticas de Esquines y Demóstenes, ese canto, en fin, de que nos habla Dionisio de Halicarnaso, *canto cuyos extremos estaban distanciados por el intervalo de una quinta?*

(1) He aquí el verso de Cratino:

Ὅ δ' ἡλίθιος ὥσπερ πρόβατον βῆ, βῆ λέγων βαδίξει.

«Y el imbécil se va diciendo *bee, bee*, como un carnero.»

Acaso un día u otro nos sorprenda la prensa con la noticia de que un arqueólogo teutón ha tropezado en una ignota cámara de las Pirámides o en algún recoveco de Pompeya con un extraño instrumento, el cual, una vez descifrado—cual lo hicieran los hermanos Champollion—el hierático papiro que lo acompaña, resulta ser un aparato fonográfico, ya conocido en la antigüedad, que repite a perfección idilios y poemas, episodios, diálogos, comedias y discursos...! Mas el cuitado sabio tudesco, cuyo nombre no ha podido que dárseme en la cabeza pero que es algo así como *Tschrm-dukztng*, recela que los hombres de la hora presente, cuyo oído se ha desafinado con tanta fricción de ruedas, tanto silbato de máquinas y rezongo de automóviles, más no sé qué estampidos y explosiones marca Krupp y mil otros gritos que lanza la materia atormentada por una civilización sin tregua, no estén adaptados ya para escuchar una lengua de semidioses.

Mejor es, ¡oh lengua ideal de los helenos! que no despiertes de tu sueño secular.

FRANCISCO M. RENJIFO

Bogotá, julio de 1916.

## Al rededor del Diccionario

### I

Acabo de releer las importantes observaciones que sobre la necesidad del diccionario trae Toro y Gómez en su recomendable *Arte de Escribir*, y una vez por todas he hallado justo todo encarecimiento para conservar limpio nuestro noble idioma, al que ninguno de los modernos supera en armonía y majestad; en concisión y energía sólo el latín, en sonoridad el griego.

«La lectura es, dice el mismo Toro y Gómez, como riego benéfico que fecunda nuestro entendimiento y lo